

EL PAISAJE EN LAS OBRAS DE SANTA TERESA(*)

POR

SALVADOR MAÑERO Y MAÑERO

1.—De múltiples maneras y desde muy varios puntos de vista se ha demostrado que Santa Teresa es una escritora sensitiva, de fina y atenta observación, que nos muestra la Mística por el lado de sus bellezas. Esto es indudable; pero fácilmente se da a tales afirmaciones un alcance excesivo cuando no se fundan en el conocimiento directo de sus escritos. Por eso resultará paradójico, para muchos, decir que en Santa Teresa, la escritora tan sensitiva, no hay ni una sola descripción del paisaje.

Y se ve lo paradójico de tal afirmación con solo notar que entre todos los elementos sensibles, sin duda los más importantes para el escritor, lo mismo que para el pintor, son los visuales, los pictóricos; y entre éstos no es el sector menos extenso, ni el menos importante, el de los elementos paisajistas.

(*) Dada la extensión del estudio del Sr. Mañero, nos vemos precisados a efectuar su publicación en dos partes. En el presente número publicamos la primera y en el próximo la segunda y última, con la cual se completará el estudio.

2.—Tratemos pues, de desentrañar la verdadera posición que adopta la Mística Doctora frente al paisaje. Para nuestro intento no conocemos ningún estudio que podamos aprovechar; las «Analogías de Santa Teresa» por el P. Luis Urbano O. P. es un libro agotado que no hemos podido tener a mano.

Mas no lo sentimos; no queremos utilizar datos extraños a las propias obras de la Santa; sino insistiendo en la rigurosa creación de nuestra tesis, prescindiremos de cuanto sabemos sobre la vida y carácter de Teresa, para recoger con toda pureza de una mente virgen de prejuicios falseadores, el auténtico paisaje teresiano que sus obras nos describen o nos sugieren.

En un segundo avance deberemos confrontar los resultados así obtenidos, con los que por medios extraños a los propios escritos de la Santa podamos indagar sobre su posición ante el espectáculo magnífico de la Naturaleza.

Investigaremos ante todo si la Mística doctora tenía cualidades auténticas de paisajista; después recogeremos todos los elementos que la Santa incluyó en sus obras, arrancados al paisaje y diseminados por ella sin formar conjuntos; finalmente estudiaremos los cuadros o paisajes propiamente tales que estén en sus obras ya en forma expresa, ya en forma implícita de sugerencia. A esta larga tarea que pudiéramos llamar de descubrimiento del paisaje teresiano, deberá acompañar su crítica estética, literaria y estilística, que valore su poder de emoción estético y lo encuadre en el adecuado momento literario que le corresponda.

I.—SANTA TERESA NO CARECIO DE DOTES PARA CAPTAR, SENTIR E INTERPRETAR EL PAISAJE

3.—Subrayamos desde luego, cómo en todas las obras de la Santa, no hay ni una sola descripción del paisaje. Y sin embargo cuando se terminan de leer sus páginas admirables, se tiene pleno convencimiento de que Santa Teresa tenía extraordinarios dotes para captar, sentir y describir el paisaje.

Prescindamos de lo que sabemos sobre su vida y carácter y asomémonos a sus escritos con la puridad de quien se enfrenta con las obras de un escritor anónimo.

4.—Salta a la vista en las que nos ocupan un raro poder de observación. Los símiles en ellas tan numerosos tienen la frescura de cosa vivida y la marca de una observación personalísima, directa y genialmente original. No son recursos apergaminados de literato; sino arrancados a Natura por la observación atenta. Se ve por ellos que Santa Teresa se asomó al paisaje desde un pináculo eminente ignorado por la mayoría de los hombres.

5.—Pero no basta la observación para captarlo e interpretarlo; es preciso además el sentido de las distancias y de las relaciones para yuxtaponer las individualidades en un conjunto, y también cierto poder de síntesis, armonizador, selector, vivificante, que funda los términos del conjunto en todo. Sobre el suelo muerto con todas sus excrescencias minerales y las plantas con su regocijo de follaje y las bestias y el hombre y las obras de la mano del hombre, que integran un completo paisaje, ha de cernerse dándoles unidad, un mismo aliento que les sirva de alma, un airecillo que incline todos los árboles hacia un mismo rumbo y fecunde el musgo en el lugar conveniente y dé a cuerpos y espíritus un mismo temple; es preciso en fin una tipicación de todos los elementos que los haga ser elementos de un determinado paisaje y no de otro cualquiera. Cuando la tipicación de cada elemento esté acorde con la de los demás, ciertamente habrá unidad, soplará un aliento invisible sobre las cosas inconexas del conjunto, habrá «un paisaje»; más o menos bello, acaso feo, pero al fin auténtico paisaje.

Entiéndase que hablamos del paisaje auténtico, que no es un mero amontonamiento de cosas, sino un tono armónico y uno.

6.—Para amontonar cosas es indudable que sobraba talento a Santa Teresa, pues sabía lo que es más difícil, pintarlas solas. Pero el lector superficial acaso se sienta tentado de negarlas estas cualidades precisas del auténtico paisajista. ¿Cómo, si no, falta en sus obras todo intento de aproximar los elementos que andan disper-

sos en sus metáforas y símiles para formar con ellos una descripción total del paisaje? El fino sentido del detalle que todos debemos reconocer a la Santa al ver cómo sabe fundar sus comparaciones en aspectos nimios y casi imperceptibles de las cosas, parece que la incapacitó para elevarse a la amplia visión de los conjuntos.

Solo el lector superficial, decimos se conformará con estos juicios. Que la Santa no era ciega para el paisaje como tal, es decir como conjunto, nos lo dice ella misma: «Bien nos pagó Nuestro Señor lo que se había pasado, en traernos a un deleite tan grande; porque de huerta y *vistas* y agua no parece otra cosa». (Fundaciones, 31, 39). No juzgo yo común, sino claramente excepcional, el profundo amor a las «vistas» que indican estas palabras. Muy profundo e íntimo hubo de ser el deleite con que la Santa contempló aquél paisaje, para dar por bien empleadas todas las penalidades y contradicciones que le ocasionó la fundación de Burgos, una de las muy penosas como se ve en el libro de las «Fundaciones».

7.—Nueve textos hemos recogido en los escritos de la Santa, encarecedores del placer de las «buenas vistas». Nos dice en unos que se recrea viendo el río desde la cama «que es harta recreación para mí» (Carta 41); o nos habla de su «celda muy linda, que hay al huerto una ventana» (Carta 80); en otros, ya aconseja contra la melancolía «ver cielo» (Carta 48); ya se congratula por haber comprado en Sevilla «con huerto muy gracioso, las vistas muy extremadas, el patio como hecho de alcorza» (Carta 74) y se entusiasma por ello hasta escribir: «El agua y *vistas* tomara yo en otra parte (es decir aunque fuera de peor parte) con mucho más de lo que costó, muy de buena gana» (Carta 72); ya supone que hay un hondo placer en «ir al campo a holgar» (Fundación, 11, 5); ya confiesa de sí misma que hartó se holgara de verse «cabe esas anaditas y aguas» (Carta 92).

8.—Por otra parte, la comprensión sintética era tan poderosa en la Santa como el sentido del detalle; pues aquella es el substrato humano de la contemplación en la que tanto importa la aprehensión intuitiva de complejos. La intuición lleva a la comprensión

sintética, y Teresa era esencialmente intuitiva, por mujer, por monja —si es cierto el dicho vulgar de que las monjas son dos veces mujeres—y sobre todo por genialidad.

9.—El sentido de las distancias no podía tampoco faltar a la monja andariega que escribió las «Fundaciones»; ni la facultad de captar las relaciones, a quien en sus símiles, tan sùtiles supo establecerlas entre lo visible y lo invisible; ni el don máspreciado de acertar a unir y vivificar lo inconexo, a quien hermanó los más opuestos mundos de lo sensible y lo sobrenatural.

10.—Todas las cualidades precisas al paisajista se concretan en la aptitud para captar y realizar la tipificación a que arriba nos referimos, o sea en aprehender las mínimas conveniencias que tienen las cosas, aun las más opuestas, por la sola coexistencia en un mismo tempero climático y consecuentemente las mínimas discrepancias que sufren las individualidades al cambiarse su entorno, es decir al pasar a otro paisaje.

Así ya está claro que el problema de cuáles son las cualidades precisas del paisajista—lo mismo escritor que pintor— se reduce a investigar cómo es posible captar estas conveniencias discrepancias *mínimas*, es decir a un problema de tacto, de profundidad y finura en la observación. Planteada la cuestión en estos términos tan sencillos, aun se aprecian más fácilmente las excepcionales dotes que tuvo Santa Teresa para tal captación; pues la finura de su espíritu observador es una de las cualidades más patentes en su vida y en su obra: «Aprovechábame ver campo, agua, flores, que me despertaban y recogían... y servían de libro» (Vida, 9, 4.) ¿No es dote de artista este saber leer en la Naturaleza viva mejor que en sobados pergaminos?

11.—Pero no sólo sabe Teresa captar sino también hondamente sentir, con hondura de alma lírica, a lo Fray Luis de León. No es Teresa una cámara fotográfica que copia al exterior vanal de las cosas; sino un espíritu adivinador que se adentra en ella hasta tocar su nervio vital y descubrir ocultas intencionalidades.

El poeta lírico no describe lo exterior, sino que se lo asimila y

después de adentrarlo en su espíritu íntimo, lo eructa hecho ya semejante a su propia substancia; de este modo acierta a darnos en una sola palabra juntamente con el perfume agreste de las cosas, el más sutil de sus intimidades, llenándonos de un regusto divino. Así sentía Teresa el paisaje y así habría descrito si describir hubiera pretendido, y al fin de cuentas así pasan a sus obras casi todos los elementos descriptivos que hay en ellas diseminados. El elemento corpóreo que sirve de punto de comparación en sus símiles, no son las cosas como realmente existen fuera en la Naturaleza; sino el trasunto interior que al contemplarlas dejaron en su espíritu. De tal manera las adentró dentro de sí, que las siente como parte de ella misma y tanto da decir que ella es una «hormiguica», como que las hormigas son sus hermanas: «La pobre hormiguica de mi alma» escribe repetidas veces. ¡Franciscanismo encantador que a todas las cosas da el trato tierno que conviene a nuestros hermanos! Mariposilla, hormiguica, asnillo (Vida, 30, 10), yerbecillas, arroyicos y arroyuelos (1^{as} Moradas, 2, 3), airecillo, fuentecica...

Y es que Santa Teresa siente a Dios en todas las cosas y se siente a sí misma en Dios, o más exactamente se siente a sí misma y a todas las cosas hermanadas en el seno de la Divinidad. «Una vez entendí cómo estaba el Señor en todas las cosas y cómo en mi alma y púsome comparación de una esponja que embebe el agua en sí» (Mercedes de Dios, 44). Otra vez la dice Dios: «No trabajes tú de tenerme encerrado en tí, sino de encerrarte tú en Mí» (id, 18). ¿Cómo pues había ya de mirar el mundo exterior sino a través de la divinidad? «Sentimiento panteísta del paisaje» se ha llamado esto; pero conste que es un panteísmo al revés, no por degradación del concepto de Dios hasta igualarlo con la Naturaleza, sino por sublimación de la Naturaleza hasta descubrir en ella las huellas de los dedos del Creador.

12.—En el alma de Santa Teresa estaba abierta a la sugerencia; no sólo a la que venía de lo alto, sino a la que partía de las cosas naturales del paisaje. Cuando a éste miraba, le pedía una clara no-

ticia de sus elementos, según hemos visto; pero además le pedía una sugerencia, un apoyo para lanzarse al trasmundo de lo inmaterial. Así cada cosa de este bajo suelo llegó a ser para ella un símbolo de las bondades del Amado.

Buscaba en las cosas la sugerencia que se capta por la intuición, por el atisbo de la contemplación. Atisbar es esperar tras una celosía de belleza la fulguración del relámpago de la verdad; por entre el verde follaje se filtra el rayo de luz... No de otro modo se enfrentaba Santa Teresa con las cosas exteriores a las vistas mirando menos al follaje que al relámpago de las inspiraciones que de pronto brillaba. Así por sugerencia y atisbo aprendió cuanto sabía: «comprendí», «me parece»... repite cien veces en sus escritos. Aprendió sus libros; cuando llegó a las cumbres, por sugerencias divinas; antes de alcanzarlas, por sugerencias de las criaturas de su entorno, del paisaje.

13.—¿Pero cómo sentiría nuestra Santa el paisaje cuando su vista todavía débil no alcanzaba a descubrir en él a la Divinidad?, ¿cómo lo vería durante aquellos años juveniles en que, según ella, estuvo tan cerca de perderse?, ¿cómo lo habría sentido sin la transformación mística que en ella se obró?

Algo de esto podemos barruntar por sus escritos. Como alma popular y candorosa, creemos que vería el paisaje preñado de las ciegas intencionalidades con que lo pueblan las leyendas y el folklore del vulgo. Reminiscencias de estos vanos temores populares son el repulsivo horror por los sapos, culebras, sabandijas, y sobre todo aquél texto en que hablando de las disolutas costumbres andaluzas, nos dice la Santa con sabrosa ingenuidad: «No sé si la misma clima de la tierra, que he oído decir siempre los demonios tienen allí más mano para tentar, que se la debe dar Dios y en ésta me apretaron a mí». (Fund. 25, 1).

La que muchas veces en sus escritos hablo de lo poco que se debe temer al demonio sintió con todos los estremecimientos que producen las misteriosas y ciegas intencionalidades que la noche encubre. «Hízome pensar en ello, y aun haber miedo; porque siem-

pre los cuerpos muertos, aunque yo no lo he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola. Y como el doblar de las campanas ayudaba, que como he dicho era noche de Animas, buen principio llevaba, el demonio para hacernos perder el tiempo con ñoñerías; cuando entiende que de él no se ha miedo, busca otros rodeos» (Fund. 19, 5). Aquí se revela el fondo del alma de Teresa abierto a las consejas populares de misterio y ultratumba. Tiembla sólo un punto porque ya su mente alumbrada por luces celestiales sabe que no hay por qué temer; mas cuando aún esas luces no le hacían ver cómo aquellos temores eran «niñerías», Teresa se sentiría cogida por las manos invisibles de la noche miedosa: El alba fué siempre para ella como un conjuro, también de misterioso poder, «que deshace las tinieblas del alma» y, salido el sol, ahuyenta las tonterías en que se había estado» (Vida 30, 10)

Pero sobre todo vería el paisaje muy más luminoso de lo que se pudiera esperar en Avila, la del cielo tan puro y profundo en algunos días del verano, como no lo hay en Nápoles; pero sucio y brumoso en todo el resto del año. Paisaje inundado de la luz e ideal como el de los libros de Caballería que ella leyó y poblado de paladines encantados: «Porque la desventurada mujer le tenía puestos hechizos en idollillo de cobre, que le había rogado le trajese por amor de élla al cuello... Yo no creo es verdad esto de hechizos determinadamente; mas diré esto que yo ví»... (Vida, 5, 2), Lo que quiere decir que no lo negaba «determinadamente».

14.—No sólo captar y sentir el paisaje, sino describirlo y aun pintarlo con su certera pluma hubiera logrado Santa Teresa. Desarrollar esta tesis sería salirnos de nuestro tema; pues preciso nos había de ser ponderar las admirables dotes de la Santa como escritora. La pluma era un juguete dócil en sus manos; escribía como hablaba y tenía el don más preciado del escritor: el poder expresar con la tinta cualquier idea que se proponía tan claramente y con tal fuerza como si viéramos sus ademanes y su rostro expresivo. Esta expresividad y las minucias a que sabe descender,

sin hacerse pesada, cuando narra o compara, nos hace creer que había en Teresa una fuerte y atrayente paisajista.

15.—Aun pretendemos adivinar que en este aspecto la Santa hubiera sido una precursora del moderno impresionismo, por el predominio absoluto que hay en sus obras de la luz sobre el color. Pasamos así a estudiar los elementos descriptivos del paisaje en los escritos de la Santa.

II.—LA IMPORTANCIA RELATIVA DE LOS ELEMENTOS PROCEDENTES DE CADA ESFERA SENSORIAL, EN EL PAISAJE TERESIANO

16.—Nos encontramos desde luego con un evidente predominio de los elementos visuales sobre los procedentes de las otras esferas sensoriales. Teresa era un tipo claramente visual. Lo pusimos en duda al leer un notable texto de su autobiografía en que nos dice que «tenía tan poca habilidad para con el entendimiento representar cosas, que si no era lo que veía no me aprovechaba de mi imaginación, como hacen otras personas, que pueden hacer representaciones a donde se recogen. Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre; más es así que jamás le pude representar en mí, por más que leía su hermosura y vía imágenes, sino como quien está ciego u ascuras, que aunque habla con una persona y ve que está con ella, porque sabe cierto que está allí, digo que entiende y cree que está allí, más no la ve» (Vida 9. 5).

Esto nos hace pensar si Teresa sería, como algunos han indicado un tipo olfativo; ya que la posibilidad de que fuera de otro distinto del visual o del olfativo está descartada con solo leer una página de sus escritos.

Pocos autores en verdad darán tanta importancia como Teresa de Jesús al dato olfativo; por eso no es descaminado tratar de acercarla al grupo en que forman Zola, Turguenief, Grillparzer, Preyer. Pero apesar de todo aun son muchos más en las obras de Teresa los datos visuales que los olfativos; y por otra parte no comprendemos cómo una inteligencia poderosa puede tener en el

sentido del olfato, tan poco ideético, una base suficiente para lanzarse al mundo de las ideas.

El texto citado acaso puede interpretarse sin negar el poder ideético-visivo de la Santa, con sólo atender a la distinción entre el tipo de aprendizaje y el pensamiento; o entre el tipo de la reproducción y de la fijación y de la evocación; o más sencillamente refiriéndolo a las diferencias que naturalmente hay entre lo imaginado y lo sentido actualmente. De todos los modos es cierto que la Santa, según este mismo texto, sólo podía imaginarse a «Cristo como hombre» y «era muy amiga de imágenes» (ibidem), lo que realmente indica un tipo visual.

17.—Corre por todos los escritos de Teresa, un rayo de luz suave y tibio que se remansa en las aguas claras de mil «fontecicas» o alguna vez juega en los chorros de los «arroyicos» que se despeñan o en las aguas vivas de la Samaritana, que saltan hasta la vida eterna, o se reflejan o se quiebra en cristales y espejos, o se hace alucinadora de diamantes y perlas preciosas o toma la apariencia de «angel de luz» o llega a simbolizar arcanas «iluminaciones» de Dios al alma, o se convierte en «viva llama de amor», o en blancura de inocencia.

Visión luminosa de amanecer; luz clarísima, sin estridencias, que no hiere a la vista aunque penetre hasta los rincones del alma; luz difusa, vislumbre de cielo..... Y es tan radiante esta luz que impide ver los colores de las cosas, si no es allí donde no penetra sin celajes: en la obscuridad negra que sirve de fondo a los rojos de las llamas del infierno, o en el clarooscuro de las Moradas inferiores donde las almas se debaten con cien «cosas ponzoñosas» y no han abierto aun los ojos a esta luz cegadora que viene de Dios».

¿De qué color son los árboles y las tierras del paisaje teresiano? yo me lo figuro—la Santa no nos lo dice—de un verde claro como el de los prados llenos de rocío cuando despunta el alba regocijada de primavera.

18.—Pues, ¿y las flores? ¿cuál es su especie o su color? La Santa se lo calla la mayoría de las veces. Yo también aquí aventuro

mis sospechas ¿no serán azucenas? jazucenas como aquellas entre las que la Esposa dejó su cuidado, y a sí misma se dejó, reclinando el rostro sobre el Amado! Al menos la azucena es la flor de Santa Teresa, menos por su simbolismo que por resumir tres grandes gustos de la Santa: su entusiasmo por los perfumes, su amor lo blanco y su aborrecimiento a las culebras, que según la vulgar conseja huyen de las azucenas. Al menos, ciertamente eran «flores blancas» (Fund. 20, 7); y tal vez «claveles olorosos» (Vida, 14, 6), se entremezclaban con las azucenas. No cita Teresa ninguna otra clase de flores en las mil páginas de sus obras; pero sin duda conocía las «rosas y jazmines» del nostálgico cántico «Veánte mis ojos, Dulce Jesús mío», y fueron los aromas de la más preciada «flor de serafines» lo que la embebeció y sacó de sus sentidos.

19.—Los colores que recogió Teresa en sus obras son también muy limitados: tan solo blancos y negros se prodigan en ellas con un sentido notable de claroscuro; hay blancos de leche, de nieve, de luz clara, de agua de remanso, de alba, de mediodía, de brillantes. Y medias luces, y tinieblas absolutas.

El rojo es para Teresa una tonalidad del blanco, es el rojo de las llamas del Sol divino, porque no alumbra. Sólo una vez se habla de «damasco azul». (Fund. 3, 8) y otra de «azucar rosado» (Carta 90). Pero el color predilecto de Teresa es el verde; ella no nos lo dice, ni aun lo nombra; mas metido está en sus árboles y yedras y esmeraldas. Para agotar los textos en que Santa Teresa habla de colores, citemos los tafetanes «amarillos y de carmesí» con que se adornó la claustro del convento de Sevilla en su inauguración (Fund. 25,13). ¿No nos sugiere esta combinación de rojo y gualda los colores de la bandera española en una época en que todavía no existía? Y sobre todo ¿no nos sugiere las colgaduras con que se adornan los balcones de nuestras casas cuando por delante de ellas pasa el Santísimo en procesión? Pues en la procesión de aquel lejano año 1576 cuando aun la bandera española no era roja y gualda, ya estos colores, eran los colores del Santísimo, ¡qué de sugerencias encerradas en el citado pasaje de Santa Te-

resa, cuyo comentario por desgracia no cabe en este lugar!

20.—El sentido de las formas, sin duda lo tenía muy notable la Santa. Así nos lo persuade su gran propensión a las representaciones figurativas (C. P. c 26) y cierto sentido plástico que hay en sus símiles: «casas de pajitas» «patio de alcorza», o cuando nos pinta el infierno «a manera de un horno muy bajo y oscuro y angosto»... «y a al cabo estaba una concavidad metida en una pared a manera de alacena» (Vida 32, 1). Como escribió sobre realidades desconectadas de toda forma, pocas ocasiones tuvo realmente de aplicar ésta su dote artística; pero en muy alto grado hubo de tenerla quien tan acertadamente percibía las cualidades estéticas de la forma; lo hermoso, lo lindo, lo bonito: «¡Ah, qué hermosita se va haciendo!—escribe de Sor Isabel—; cómo engorda y qué bonita es ¡Dios la haga santa» (Carta 83) y en la misma página dice: «¡Oh qué bonita cosa es Tomás de Gracian!» (Ibid.) «Esa de Nicolao no debe ser más de bonita» (Carta 81). Pues y ¿cómo pasar por alto la «grandísima hermosura» de «solas las manos de la humanidad sacratísima que «ver cosa tan sobrenatural y hermosa desatina»? (Vida 28, 2). Y llevando ésta su complacencia en las formas bellas hasta el santuario de las visiones sobrenaturales nos dice con ingenuidad candorosa al narrar una visión de la Virgen María, que «por figuras no determinó ninguna particular; sino toda junta la hechura de rostro» y pareciole muy niña, (Vida 33, 9).

En aquellas visiones que la sacaban de sí con su soberana hermosura y parecían atar las potencias del alma, quedaba suelto su sentido de las formas bellas y con curiosidad se preocupaba de entender cuál era el calor y el tamaño de los ojos de Cristo, mereciendo por ello que se le perdiera la visión del todo; bien que algunas veces, el buen Dios autor de las formas bellas, no podía menos de mirar entonces con más piedad al alma infantil y pura de Teresa sumiéndola con su mirada en un más profundo arrobamiento (U. Vida, 29, 1). Aquel alma inmaculada que desconoció los pensamientos impuros, comprendía muy bien que por la vista

de los cuerpos hermosos y con muchas gracias, se alzara la mente a alabar al Criador (Vide, C. P. 6,4).

21.—Hemos apuntado la manifiesta delectación de Teresa en los aromas. No debemos sobrepreciar este dato innegable pretendiendo que la imagen más típica de la Santa es la del perfume, a diferencia de las figuras de luz peculiares del Doctor Extático. Esto no es exacto; pues en Santa Teresa, igual que en San Juan de la Cruz, es más frecuente y más fecunda la imagen de luz que la de olor.

Por imágenes de luz se ejemplifican en ella las diferencias entre el estado de gracia y de pecado y de heregía—recordemos la imagen del rayo incidiendo sobre espejos de diversas calidades: ya terso, ya empañado, ya quebrado—por la imagen del agua cuando la da el sol explica como se opera en el alma ya muy purificada el conocimiento de sus imperfecciones; en fin, a imágenes de luz se reduce la más sistemática concepción mística de la Santa, las «Siete Moradas».

Lo indudable es que Teresa era excepcionalmente sensible a los olores. Nada hay que tanto le repugne como los malos olores, la hediondez, que parecen tener un enlace en su subconsciente con todo lo que invenciblemente le desagrada: sapos, culebras (Vida, 22,8) ponzoña, agua sucia (Moradas, 1.^{as}, II, 2); presencia del diablo, pecado, (Moradas 1.^{as} II, 2) disipación—«recreación pestilencial», la llama en su «Vida» (7,3)—; negrura, infierno. Y conoce no menos el profundo deleite de los buenos olores desde los agrestes del huerto y los sanos frutos, pasando por el de las flores y el más suave de los ungüentos de la Esposa de los Cantares, hasta el perfume que embebece y transporta y es «como si le echasen a uno en los tiétanos una unción suavísima a manera de gran olor». («Conceptos del amor de Dios», IV, 2). Solo una fruta nombra varias veces la Santa en sus escritos, el perfumado membrillo (Cartas, 19 y 80), el «lindo membrillo». En una ocasión agradece el regalo de unas «naranjas dulces» (Carta 90); pero mejor la conocía quien la obsequió con «agua de azahar» (Carta 81).

22.—En esta sensibilidad olfativa descubrimos el alma profundamente femenina de Teresa. Pero lo curioso es notar la honda repercusión que esta cualidad hubo de tener en la posición que Teresa adoptara frente al paisaje. Como se ha hablado de «sonidos coloreados», yo creo que también se puede hablar de colores perfumados. El saboreo de los olores del paisaje solo es posible sumergiéndose en él y viviéndolo, destruyéndolo tal vez al faltar las distancias que hacen posible la visión sintética; pero a cambio de una más exacta y próxima comprensión de sus elementos.

23.—El paisaje teresiano es silencioso, «sin ruido de palabras» (C. P. 25,2) como conviene al recogimiento místico; alguna vez hay aguas que se despeñan o trinos de pajarillos (Moradas 4.^{as}, I, 10) pero esto puede ser efecto diabólico (ibid). Es mejor el silencio, la subida «quietud» y en medio del silencio de las cosas, el alma oirá el «silbo suave» del Amado que recrea y enamora y transporta las potencias; «y esta voz tan dulce que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que le manda» (Moradas, 2.^{as} 3, 2).

Paisaje callado, tal vez eremítico de soledad y desierto como «El Tardón» (Fund. 17,8); tal vez de prado (Fund. 20,7) o de floresta o de huerto (Vida, 14,6) regados por la mano del «hortelano celestial» o como diría San Juan de la Cruz «la música callada, la soledad sonora...

III.—ELEMENTOS DE PAISAJE EXPRESO DISEMINADOS POR LAS OBRAS DE LA SANTA SIN FORMAR CUADROS

A).—Elementos paisajistas que aprovechó la Santa de cada uno de los paisajes típicos regionales que contempló en sus andanzas de fundadora:

24.—Vamos por fin a traer a cuento concretamente todos los elementos descriptivos del paisaje, que siguiendo paso a paso los escritos de la Santa, encontraremos. Para poner en ellos algún orden que sea lo menos arbitrario posible, trataremos de agruparlos por sus analogías, formando cuadros típicos de las varias regiones de que los arrancó Santa Teresa.

Esta en sus andanzas de fundadora tuvo ocasión de conocer el paisaje castellano de Tierra de Campos (Burgos, Palencia, Valladolid, Duruelo, Medina del Campo); y de la cordillera central (Avila, Segovia, Soria); también el paisaje manchego (Toledo, Malagón de Ciudad Real); y el de Alcarria (Pastrana de Guadalajara y Villanueva de Cuenca); y el andaluz (Sevilla, Beas de Jaén) y en fin el de transición de la España húmeda (Salamanca). Conoció en una palabra los paisajes típicos de toda la España no litoral.

Pero sobre todo conoció el de la «Tierra de Cantos» donde se mecía su cuna, Avila, la de las grises montañas; la del cielo azul profundo, puro en verano hasta sufrir el parangón con el de Nápoles, nebuloso y sucio en los fríos inviernos; la de las murallas y de los caballeros; la de las bellísimas puestas de sol; la de los riscos cubiertos de encinas; la Señora del Amblés sentada sobre el Adaja, el río de las aguas bullendo entre las arenas y de los peces exquisitos e incorruptibles; la de las «verdes salamanquesas»; la de las aguas claras de nieve fluente bajo el sol abrasador del estío.

Por sus lecturas conocía también estampas de paisajes literarios idealizados: el encantado y encantador de los libros de Caballerías; el implícito y difumado de las «Confesiones» de San Agustín; el admirable de Fray Bernardino de Laredo en la «Subida al Monte Sión».

Veremos como fué bien poco lo que en este aspecto del paisaje aprendió en sus lecturas con sus andanzas de fundadora por todas las provincias no litorales de España.

25.—La estampa típica de Andalucía, apenas si se asoma a las obras en aquel simil sabrosamente infantil del «palmito»; que como en él «para llegar a lo que es de comer tienen muchas coberturas que todo lo sabroso cercan», así está el Rey del místico Castillo de la Morada del centro (1.^a Moradas, II, 8). Ni la oliva, ni la naranja, ni la granada, son de las cosas preferidas por la Mística Doctora, para aclarar los misterios de la vida espiritual, ni aun pa-introducir una nota bella de variedad o colorido en sus descripciones. La naranja es manjar delicado y sabroso para cuando se

tiene inapetencia (Carta 90); la oliva solo se cita en algún texto que es traducción de otro Bíblico o se la toma como símbolo de calma y paz.

Menos típica, pero más realista, es la alusión al Tardón, un desierto cerca de Sevilla, poblado de ermitaños, que apesar de estar en un desierto se niegan a recibir limosnas y viven de la labor de sus manos; lo que nos hace pensar no en un desierto cualquiera sino en un pedazo de tierra andaluza, calcinada, reseca por el sol y que se convierte en jardín cuando una mano sacude su indolencia y lo cultiva. ¡Un desierto cerca de Sevilla la caudalosa, la muy poblada, la cabeza comercial del mundo en aquella época! ¡Cuántas sugerencias hay en este pasaje, y paisaje realista, de Santa Teresa!

Apesar de su pasión por la luz y el sol, no conservó la santa muy gratos recuerdos de la tierra de la luz y el sol; «no os dejaré de decir la mala posada que hubo para esta necesidad; fué darnos una camarilla a teja vana; ella no tenía ventanas y si se abría la puerta toda se henchía de sol. Habéis de mirar que no es como el de Castilla por allá; sino muy más importuno.» (Fund. 24,8). El sol andaluz hacía pensar a la Santa en el infierno (Fund. 24,8) o en un maleficio del demonio: «No sé si la misma clima de la tierra, que he oído siempre decir los demonios tienen allí más mano para tentar, que se le debe dar Dios» (Fund. 25,1). Esto nos dá pié para trazar la estampa del hombre andaluz que se mueve en este paisaje de pasiones exacerbadas: mentiroso, injusto; vicioso según Santa Teresa, que solo nos da la silueta de su carácter moral y no, lo que a nosotros más nos interesa, la de su tipo físico y vestimenta que hubiera puesto una nota de color y vida en aquellas tierras abrasadas por el sol.

En fin, en la tierra de los toreros, hasta los romeros de la romería del Espíritu Santo, en la Iglesia de Córdoba «que está pasada la puente», parecieron a la Santa toros que van al encierro: «el alboroto de la gente era como si entran toros» (Fund. 24 XIV) y así en vez de curiosear la nota de color que ponían los romeros en el

paisaje, Teresa tuvo miedo. En otro lugar, Medina, se encontró con toros auténticos que marchaban al encierro, a través según parece de las calles de la ciudad y «fué harta misericordia del Señor no toparnos algunos» (Fund. 3,7).

26.—Si corta es la lista que damos de los elementos que tomó la Santa del paisaje andaluz, aun será más corta la de los tomados de las otras estampas regionales. Nosotros explicamos este innegable hecho, notando que la Mística Doctora utilizó los elementos paisajistas, aislándolos unos de otros, disociando a cada uno de todos los otros que le acompañan en el paisaje real; además nuestra misión en este capítulo se reduce precisamente a estudiar los elementos aislados que están en los escritos teresianos sin formar cuadro. Es pues natural que fracase nuestro intento de traer aquí cuadros típicos regionales, pues fuera del paisaje andaluz que tiene muy peculiares elementos, los demás que conoció la Santa carecen de ellos, estando su caracterización no en el dato inconexo, sino en el ambiente total y en la diversa ordenación y frecuencia de unos mismos elementos.

Las abejas de la Alcarria, vuelan laboriosamente por alguna página teresiana buscando las flores de las obras divinas donde libar el dulce amor de Dios y labrar el panal, que la contiene, del conocimiento propio; las viñas manchegas en que los criados trabajan desde el alba hasta el crepúsculo y solo alguna vez reciben la visita del Señor (C. P. 16, IX) también asoman sus pámpanos a los escritos teresianos y dan a saborear al alma el mosto que la llena de una «borrachez divina» (passin). Pero ni las colmenas de Santa Teresa son claramente de la Alcarria; ni sus viñas manchegas; ni sus huertas murcianas; ni nos pinta ella el rubio mar de oro de los trigales sazonados de Tierra de Campos; ni el verde perenne de los pinos sobre las doradas arenas de Valladolid, ni el verde de dos colores de las encinas sobre el gris cárdeno de las sierras de Avila.

En las descripciones algo desarrolladas que después estudiaremos no falta cierto sabor regionalista; pero está totalmente implícito y embebido en detalles insignificantes que no destaca la San-

ta, es decir, que su labor regionalista se reduce a una mera no repugnancia de la descripción teresiana con el ambiente regional del lugar en que por el curso de la narración vemos que debe localizarse. Tal es el caso del paisaje en que Santa Teresa encuadra el Monasterio de N. Sra del Socorro, no impropio ciertamente de Cuenca; pero que atendiendo solo a la estampa misma, no es tan típico de esta provincia que deje de convenir a cualquiera otra.

B.—Elementos paisajistas que tomó Santa Teresa de fuentes literarias

27.—Entre los escasos elementos descriptivos que tomó Teresa no de paisajes vistos por ella misma, sino de fuentes literarias, debemos citar el mar, el ave fénix, el gusano de seda.

Bien se ve que desconocía las sugestionadoras perspectivas del paisaje marino. «Pasé este mar tempestuoso casi veinte años con estas caídas» (Vida 8,1). Otra vez nos dice:

«Y así alegre pasa y muy gozoso
las ondas de este mar tempestuoso». (Poesía II)

Nada más sabe decirnos; ya se comprende que el mar de la Santa es el de las estampas en que aparece la barquilla del alma fluctuando en las olas de la vida y gritando como San Pedro al Señor: «Domine, perimus» (Vide C. P. 35,4). Solo notemos que con perspicacia considera el mar no como una barrera que separa las tierras, sino como un lazo que las acerca y une.

Algo más sabía Teresa de barquichuelas y de navegar, aunque no fuera en el mar sino en ríos. Recordemos el incidente realista-mente narrado de Espeluy y el otro de Burgos. En éste, la gran extensión de la llanura inundada, le hace pensar en el mar. Pero todo es idealidad y sugestivo encanto, cuando en otros pasajes toma símiles de la navegación: «Paréceme ahora a mi, como un navegar con un aire muy sosegado, que se anda mucho sin entender como». (Vida 30,13).

Finalmente, al hablarnos de la pesca, la compasiva simpatía por los peces que boquean con las ansias del morir, no permite a la

Santa fijarse en los detalles del paisaje: «Paréceme que es como cuando en una red se sacan muchos peces del río; que no pueden vivir sino los tornan al agua» (Fund. 31,46).

Otro simil tomado de fuentes literarias es el ave fénix. El paisaje milagroso de fábula en que convenientemente se encuadra este «como hace el ave fénix» (Vida 39,15), está embebido en los efectos admirables que produce el Amor Divino en las almas. Visión de «fuego que parece viene de arriba», que consume el hombre viejo de faltas y tibieza y miserias. Y ante la sublime realidad que allí se aparece, todo lo criado parece a la Santa un «hormiguero» (Ibid). Recordamos al releer este pasaje cualquier cuadro de la modalidad peculiar del Greco, con sus dos planos de miseria y místico anhelo, abajo; de redención y llamarada en lo Alto.

Aun podríamos examinar en este apartado una de las páginas más atractivas y admirablemente escritas de la Santa, en que se refiere al gusano de seda. Pero en tan exquisita narración, no se pueden recoger tal vez otros elementos paisajistas que la alusión a la morera.

Ya vemos que nuestro intento de reducir todos los elementos descriptivos teresianos a las estampas de donde fueron arrancados ha fracasado por imprecisión de los elementos mismos y de la manera como son tratados por la Santa. Debemos pues desistir en la pretensión de agrupar todos los elementos paisajistas teresianos en unas cuantas estampas de paisajes típicos. Y para completar nuestro estudio hay que considerar ahora estos elementos comunes a todos los paisajes, que no hemos podido reducir a estampas típicas.

C.—Como trata Santa Teresa a los elementos comunes del paisaje: el río, el camino, la montaña, las masas vegetales, el suelo y el cielo

28.—El río suele ser para Santa Teresa una ideal vena de agua fecunda y benéfica en la que solo se retrata el Cielo infinito; pero en dos ocasiones alude la Santa andariega al río como un obstáculo real que hay que salvar en los caminos. Realista es la narración

que nos hace del percance ocurrido en Espeluy al tratar de atravesar el Guadalquivir. A través de la narración se nos sugiere la idea de un río grande que discurre perezosamente y que podría ser navegable, si a intervalos no hubiera arenales que detienen la barca (Fund. 24, 10, 11). En la orilla, un castillo que pudiera ser cualquiera de los varios que se suceden a lo largo de su curso.

No es menos interesante la descripción del «paso que hay cerca de Burgos, que llaman unos Pontones, y el agua había sido tanta y lo era muchos ratos, que sobrepujada sobre estos Pontones, tanto que ni se parecían, ni se veía por donde ir, sino toda agua; y de una parte y de otra está muy hondo. En fin es grande temeridad pasar por allí en especial con carros». (Fund. 31, 16). Sin embargo la caravana de la Santa y sus ocupantes se deciden a pasar aquella balsa desbordada de agua y así lo hacen con la ayuda de «unos carreteros mozos y de poco cuidado». Pongamos junto a esta «harta agua que hay al entrar en Burgos», la venta que sirvió de guía para salvar aquel paso peligroso, y los malos caminos, «que era muy ordinario anegarse los carros en el cieno». Pero dejemos a estos carros atascados en los lodazales del camino, para mejor atender a quien está en medio de aquel «mundo de agua». Ciertamente, hay que tener reforzado corazón para «verse entrar en un mundo de agua sin camino ni barco».

Los ríos de Santa Teresa no tienen riberas; son eso nada más, ríos que solo copian en los espejos de sus aguas el cielo infinito y nunca el regocijo del follaje o la gloria de los palacios. Pero sabemos que estas venas de aguas tranquilas discurren por prados y huertas de regadío (Vida 16, 1). Aguas tranquilas, majestuosas; tanta es la calma y quietud que siente el alma en este ambiente de placidez, que aun «trabajo da el caminar del agua» (Ibid). Las aguas de los ríos teresianos solo murmuran y hacen ruido cuando no son aguas ideales, sino deleznable de la tierra—bien del Guadalquivir, bien de los Pontones de Burgos—, o cuando arrastran en su seno algún maleficio del demonio.

29.—Hemos aludido a los caminos encenegados... La «fémina

andariega» solo deja traslucir en sus libros la diversidad del paisaje en función de las distancias y de los caminos. Antes de establecer una fundación es preciso conocer las distancias que separan las ya hechas de la que se proyecta: «como yo vi ser tan a trasmano y de allí allá tan mal camino que habían de pasar trabajo los que fuesen a visitar las monjas, tenían bien poca gana de ir a fundarle» (Fund. 27, 3). Al fin, indefectiblemente se decide la Santa a no dejar la fundación por miedo o molestias y trabajos. Se pone en viaje y va por los caminos como si los recorriera de un vuelo; sin dar importancia al cambiante paisaje que muchas veces no ve desde su carro con toldo y aun sin notar frecuentemente los cambios que se obran en su entorno, si no es por los vaivenes del carro.

Ya hemos oído hablar de los caminos encenegados de la tierra de campos y de barro en tiempo lluvioso; veamos ahora como en función del camino caracteriza el paisaje de montaña, de Soria y Segovia: «el camino que había era muy malo para carro... aunque el que iba con nosotras sabía el camino, no el camino de carro; y así nos llevaba este mozo por partes que veníamos a apearnos muchas veces, y llevaba el carro casi en peso por unos despeñaderos grandes... con aventura de trastornar el carro muchas veces» (Fund. 30, 13). Nos imaginamos a la Santa a veces dando tumbos en su carro, a veces caminando a pié por senderos de cabra, acaso aportando sus femeniles esfuerzos para sacar al vehículo del mal paso.

Esta caracterización de los caminos es el único dato que nos da con frecuencia la Santa para localizar acciones o funciones en un paisaje groseramente determinado. Solo por este indicio podemos notar el cambio radical del paisaje que se opera entre Palencia y Soria: el camino largo y «de grandes despeñaderos... muy malo para carros», nos prueba que ya no estamos en la llanura polvorienta de los viejos campos góticos, la Tierra de Campos, los campos de tierras. Donde la Santa dice «mal camino», siempre que

no sea camino encenegado en invierno, hay que leer: «camino de montaña, paisaje de montaña».

Y este sentido paladeo de caminos, le inspira la concepción metafórica de la vida espiritual como camino de «perfección»:

Caminemos para el cielo,
Monjas del Carmelo. (Poesía V)

30.—¿Hay en Santa Teresa otros elementos descriptivos del paisaje de montaña? Raro parece que quien nació frente a las estribaciones de la cordillera central, y atravesó el Guadarrama y Gredos, y salvó Sierra Morena, y llegó a los Montes Murcianos no sintiera el desahogo que ensancha nuestros pechos cuando escalamos una cumbre, ni tomara a ésta como atalaya de paisajes, ni captara la sugerencia que nos hace del anhelo de estar más cerca del Cielo. No es para ella la vida una «Escala» o una «Subida al Monte Sión» como cien veces leyó en Bernardino de Laredo; o al «Monte Carmelo» como particularizó su discípulo San Juan de la Cruz. Ni establece la Santa una conexión entre montaña y nieve; antes las contadas veces que nombra este elemento muypreciado sin duda para ella, se refiere no a nieve virgen de las cumbres, sino a nieve que cae accidentalmente en los caminos por que discurre y que ella holla con su pie de virgen.

31.—Sin duda placía más al alma femenil de Teresa la contemplación del valle gracioso y magnífico que la de la montaña sublime. En efecto, las masas de vegetación que prefiere son el prado y la huerta; y en un lado del cuadro, donde no atraiga demasiado las miradas del contemplador, algo en la penumbra, las flores donde el silbo dulce del Amado suena como el leve ruido de las hojas al ser agitadas por un soplo suave. En ella los árboles se adensan para encubrir los dulces deliquios de la Esposa en brazos del Amado; hay oreo vital de primavera y el rumor de las hojas tiene, como el de las encinas sagradas de los drúidas, ocultos sentidos que turban deliciosamente el alma.

En el prado hay florecillas, y en la huerta árboles cargados de flores y frutas. Las yerbas y los árboles teresianos carecen de in-

dividualidad y se nos aparecen como una imprecisa mancha verde en la que no se pueden discernir ni el número ni la forma de las individualidades que la integran; solo vemos ésto: árboles, césped de prado. Lo más que sabemos es que no faltan allí algunos árboles desmedrados, dañados por la oruga que los carcome y no los deja crecer (Vid. 31,9).

El suelo, el suelo desnudo que no es ni prado ni floresta, ni tierra cultivada, ni camino, ¿cómo se nos pinta en el paisaje teresiano? ¿es ocre, o es rojo, o es gris de piedra desnuda, o es blanco sucio de polvo, o es color impreciso de lodo? «tierra astrosa» es llamado en una ocasión; y en otra, «tierra muy infructuosa que lleva muy malas hierbas» (Vid. 11,3; 18,2)

32.—Entre todos los elementos comunes del cuadro paisajista el más importante y el único que con toda verdad es común, pues no puede faltar en ningún paisaje auténtico, es el aire, la atmósfera.

Pero la importancia de la atmósfera es mucho menor en la interpretación pictórica y también es menos fácil reflejar por medios literarios todos los exquisitos matices que puede descubrirnos en el «pleno aire» la pintura.

Santa Teresa no desconoció la influencia del estado ambiente del aire en la apariencia de todas las cosas de este mundo subllunar; en un simil que hallamos en su vida (28,5) contrapone un agua muy clara en la que reverbera el sol, a una «muy turbia y con gran nublado» (Vid. 28,5).

Mas lo general es que nuestra Santa se desentienda en absoluto de tratar la atmósfera; en realidad a ella no le interesan las apariencias livianas de las cosas, sino su alma profunda que las hace aptas para convertirse en símbolos de realidades suprasensibles. De esto hablaremos en otra parte; por ahora bástenos consignar este rasgo evidente del paisaje teresiano: la atmósfera es en él un medio neutro y nunca un seno fecundo de colores y falseamiento de las cosas.

Si algo podemos decir de la atmósfera que envuelve a los elementos paisajistas de las obras de Santa Teresa, esto solo está en

la Santa implícitamente o a modo de sugerencia. Así, cuando nos pinta sus prados llenos de flores muy olorosas, ya está claro que debemos situar la visión en el aire radioso, quieto, tibio de un día de primavera; y aun si quisiéramos insistir en el epíteto «muy olorosas» tan prodigado en los cuadros teresianos, acaso llegáramos a precisar todavía más, trasladándonos a un ambiente de clima seco de parameda o tal vez mediterráneo, en los que los aromas de las flores son más penetrantes.

Pero es inútil que tratemos de rematar las estampas paisajistas entresacadas de las obras de Santa Teresa, pintando el cielo con colores y aspectos tomados de la misma Santa. Esta nunca nos habla de las nubes o del cielo desde un punto de mira propio del paisajista. Realmente, como ella solo introduce los elementos sensibles en sus obras para aclarar superiores realidades, tenía sus razones para no ir a pedir este favor a elementos tan altos, tan ignorados por nosotros como es el cielo aun en su más ínfimo aspecto.

La luz que penetra a raudales en los escritos de la Santa, todo —aun esto mismo que no se nos dice del aspecto del cielo—lo explica y aclara. Esta luz teresiana de reverbero e intensidad inusitada, nos revela que es contradictorio pedir a la Mística Doctora que nos pinte las nubes; pues en su cielo inundado de una «luz sobre toda luz» (Vid. 28,4) está claro que no había nubes ni celajes.

Desde las cumbres de la perfección que Teresa pisaba, el sol divino se nos manifiesta sin velos; pues los vapores que emanan de las cosas inferiores y obnubilan nuestra mirada quedan por debajo de tan sublimes alturas. Y aun así algo hay en nuestros ojos que nos estorba la visión de aquel sol divino en toda su desnudez; «porque con claridad no la podemos acá ver, sino debajo de una nube está aquel sol resplandeciente... y nuestra alma se siente estar amparada con una sombra y manera de luz de la Divinidad, de donde vienen influencias al alma y rocío tan deleitoso que bien con razón quitan el cansancio que han dado las cosas del mundo»

(Conc. 5,4). Hay sublime claridad en el cielo de Teresa; más ella aun grita alucinada: «¡Luz, más luz!»

No ya las nubes, el firmamento mismo es un velo demasiado tupido que nos priva de la visión de la Divinidad y que la Mística Doctora no acierta a decirnos como es, porque para sus miradas se ha hecho transparente (Vid. 39,15).

El tema de la atmósfera se toca con el de los cambios o aspectos accidentales del paisaje, que en la atmósfera se verifican. El alba, el mediodía, el crepúsculo, la noche, son como cristales de diversa transparencia que sucesivamente se interponen cada día entre nosotros y las cosas exteriores. A estos cambios diarios se sobreponen los anuales que se corresponden con las estaciones. Y por encima de todos están los cambios no periódicos que introduce en la Naturaleza el capricho del hombre (las ruinas, la estampa de guerra o que proceden de la explosión extraordinaria de fuerzas naturales (la tempestad, etc.).

Todo lo sabía Santa Teresa y en diverso grado de todos estos aspectos se aprovechó.

D.—Modalidades accidentales del paisaje: El claro de luna, el alba, la noche, la niebla, la tormenta en el paisaje teresiano

33.—Ya sabemos que la composición de lugar preferida por la Santa, es la estampa radiante de luz y fuego; es decir la estampa de mediodía en que la luz ahoga con sus reverberos los colores de las cosas.

Mas la enamorada de la luz, de la claridad, también sabía asomarse a la ventana en la noche y admirar—¿cómo no?—el paisaje nocturno: «Y así me levantaba de noche a una ventana, que hacía muy clara luna y podía lo bien ver». A quien miraba en esta ocasión era al Santísimo Sacramento que estaba en un portal «a teja vana» de enfrente (Fund. 3,13). Mas ¿cómo es posible que no dirigiera una mirada a lo alto? Al menos vió la «clara luna» y en aquella noche, serena como aquella otra que admiró Fray Luis de León, Santa Teresa la Comentadora de los «Cantares», hubo de recor-

dar los místicos anhelos de la Esposa y la furtiva huída que cantó San Juan de la Cruz:

«En una noche oscura,
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada...»

(San Juan de la Cruz, Canción I).

Pero en las obras de la Santa, el nocturno arrobador que parece iniciarse bajo aquel «claro de luna» se corta bruscamente... y a quien espera un idilio, le deja decepcionado. ¡Cuántas posibilidades, cuántos temas sólo iniciados hay en la Santa! Escribió deprisa y acaso a esto se debe la frescura y naturalidad de su estilo; pero para mi gusto hubiera yo preferido que escribiendo con más tiempo y más de propósito, Teresa no hubiera ahogado en sus escritos el hondo lirismo de su espíritu, y hubiera escrito unas efemérides descriptivas de lo captado por sus sentidos externos, como escribió las Relaciones de lo que comprendió su alma en la contemplación de lo espiritual.

No desconoció la Santa el sentido maléfico de la noche: «y como el doblar de las campanas ayudaba que como he dicho era noche de las Animas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías» (Fund. 19,5). No creía en supercherías; pero en su subconciente había el poso inevitable de leyendas folklóricas y consejas populares. Al hablarnos en una ocasión del *Alba*, es precisamente para oponerla, como un conjunto, a este sentido maléfico de la noche, que bien pudiera tener alguna relación con el Príncipe de las tinieblas: «No me parece sino que en un punto se deshacen las tinieblas del alma, y salido el sol conocía las tonterías en que había estado» (Vida 30,10).

La noche, las tinieblas, vienen a ser el paisaje adecuado del alma en pecado y aun del alma imperfecta; acordémonos de las tinieblas que rodean al Místico Castillo y aun penetran en las mora-

das inferiores. Y en estas tinieblas se agitan toda suerte de visiones macabras y «cosas ponzoñosas» de fétidos olores y ligoso tacto. Tan connatural es la noche a la acción de estas torpes sabandijas, que cuando ya no la hay, ellas la producen en nuestras almas obligándonos a cerrar los ojos «como si uno entrase en una parte donde entra mucho el sol, y llevase tierra en los ojos que casi no los pudiese abrir» (1.^a M. II, 14). Y en este asqueroso paisaje nocturno, todo es aturrida algarabía y desorden «porque estas bestias son tan ponzoñosas y peligrosa su compañía y bulliciosas, que por maravilla dejaremos de tropezar en ellas para caer» (Mor. 2.^a I, 2). Aquí tiene también su lugar el *cieno bediondo* del vicio, el cieno pegajoso de las cosas exteriores que como liga viscosa retienen a la avecica del alma y la impiden volar a la luz de la pura espiritualidad. «Nuestro espíritu está cargado de tierra y de mil impedimentos y aprovéchale poco querer volar; que aunque es más su natural que el del sapo, está ya tan metido en el cieno que lo perdió por su culpa» (Vida 22,8).

Pues ya, si nos asomamos al *infierno* teresiano ¿qué otro paisaje más adecuado para la eterna morada del Príncipe de las tinieblas, sino una oscuridad impenetrable? En él vemos otra invencible y subconsciente asociación de ideas de la Santa: tinieblas, mal olor.

Con frecuencia lanza ella estas ideas: «oscurecidas y negras aguas»; «negras y de mal olor son sus corrientes» (Vid. 1.^a II, 9) «negrísima agua y de muy mal olor» (Ibid. 2). Aguas negras, aguas de mal olor, aguas putrefactas de corrupción y pecado en que los demonios depositaron las larvas enemigas de toda pureza.

34.—La tormenta es otra fuerza que se suma a la noche y a la corrupción para empañar el claro espejo de las aguas (Vid. 28,5). Fuera de esto, con las lluvias se enlodan los caminos (V. *passin*) y aun se desbordan los ríos (Fund. 31,16); más también crecen las flores (Vida 18,5) y con razón vemos en ella el don de Dios que nos viene del Cielo no cuando nosotros queremos, sino cuando al Señor le place darlo.

El relámpago es símbolo de lo que pasa veloz—ya se ve, ya no

se ve—, el trueno el ruido inesperado que nos saca de nuestro ensimismamiento o de nuestra distracción y se deja oír en medio de los diarios quehaceres, como el silbo suave del Amado que viene a turbarnos dulcemente cuando menos lo esperábamos: «muchas veces estando la misma persona descuidada y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta a manera de un cometa que pasa de presto o un trueno» (Md. 6.^a 2,2). Pero el Dios de Teresa no es el Dios tremendo de la tempestad; sino el dulce Esposo que la hiere tan sabrosísimamente que «jamás querría ser sana de aquella herida» (Ibid.) A veces este dulce esposo se aleja de nuestra vera y todos los elementos parece que nos vienen sobre las almas; esperemos entonces a que la luz de los ojos amados vuelva a disipar las nubes de nuestra alma: «que ningún remedio hay en esta tempestad, sino aguardar a la misericordia de Dios, que a deshora con una palabra sola suya... lo quita todo tan de presto, que parece no hubo nublado en aquella alma según que era llena de Sol» (Md. 6.^a 1,10).

Mas peligrosa es aún la tempestad en alta mar; allí solo cabe gritar al Dios Poderoso: «Sálvanos que perecemos» (C. P. 25,5).

Vemos como la Mística Doctora aprovecha los efectos de la tormenta para fundar en ellos expresivos símiles; pero en el paisaje teresiano nunca hay tormenta y nunca llueve; las cosas no se nos aparece bajo la iluminación cárdena de la tormenta, ni bajo el borroso tamiz de la lluvia, sino siempre con los rasgos bien precisos de la luz clara.

La niebla que nos impide ver el camino (C. P. 21,9) y aun discernir la compañía con que caminamos (Fund. 29,9) y nos hace «dar de ojos» es una manera de ceguera que seguramente no es el Dios de la luz quien la pone en nuestras almas (C. P. 21,9)

35.—En cuanto a los cambios anuales, las estaciones predilectas de Teresa son la de las flores y la de los frutos (Vida 16,6) que son las de la luz y el agua clara; el invierno con sus aguaceros y sus «camino barrancosos» y su cielo encapotado con el «gran nublado» y sus árboles sin flores ni frutos (Vida 18,5) y sus aguas

turbias, era para ella la estampa en que faltaba cuanto la placía contemplar y traer a sus obras convertido en símiles. El otoño con su ambiente nostálgico y sensiblero de recuerdo y hojas secas, no cabía en el alma de la gran castellana que era todo actividad y varonil fortaleza (Vida 8,5). Y estaba precavida contra los peligros de su sensibilidad femenina (Vid. 7, *passim*). Sería inútil buscar en ella ningún resabio romántico: el otoño, el crepúsculo, las ruinas, son ajenas a la estampa teresiana, toda llena de vida tensa como la de los soldados de aquel siglo de nuestra gloria.

36.—El sentido de la vida como milicia ella lo bebió en la Biblia y en el espíritu de la Compañía del Capitán Iñigo de Loyola y en el ambiente de su época. Sería interesante estudiar el tema de la guerra y la lucha en las obras teresianas; en ellas hay luchas cuerpo a cuerpo (Vid. 20,3); luchas con «sucia bestia» como en los cromos de las hazañas de Hércules (C. P. 16,6); batallas campales en que no falta ninguno de los recursos nuevos para su tiempo, el arcabuz (Md. 6.^a 5,9) y la Artillería (Md. 2.^a 1,3), ni el coraje de nuestros invencibles tercios que «venden bien su vida» (C. P. 23,5; 38,2), ni el camuflaje, ni la traición (C. P. 38,2); sitios de fortalezas que se nos presentan en los momentos culminantes de la entrega de las llaves (V. 18,2), o en el acto de escalar el torreón para izar en él la bandera del vencedor (V. 20,16; C. P. 36,9); y no se deja de señalar el objetivo preciso de la lucha que es llegar a la fuente de aguas vivas en cuya demanda es preciso pelear como fuertes hasta morir (C. P. 20,2); ni falta en fin, la estampa del «Alferez que lleva la bandera; que no se puede defender; y aunque le hagan pedazos no la soltaría de las manos» (C. P. 18,5); ni la más grata de la «guerra de amor» (Excl. 16,3) que parece una batalla de flores.

El juego del ajedrez tiene para Teresa antes que para Napoleón un sentido bélico; aunque más que de auténtica lucha, de caballeresco torneo medieval en que—lo dice Teresa con cierta coquetería femenina—«la dama es la que más guerra le puede hacer a este Rey Divino... que no se nos podrá ir de las manos, ni querrá» (C. P. 16, 1-2).

Solo falta el auténtico pasaje de guerra con las ruinas humeantes y los campos devastados y los despojos y los restos sangrientos: únicamente sabemos con certeza que un combate se libra en un «gran campo» (Vid. 4,10) y que el botín y el pillaje son tales «que por poca ganancia que se saque se saldrá muy ricos» (C. P. 23,5). El sentido delicado de Santa Teresa nada más nos dice porque huye de lo macabro y lo romántico. Su Dios dulce no es, cierto, el que «todo lo pone a fuego y sangre» (Vda. 30,6); no es el Dios de los ejércitos, sino el Dios de los torneos amorosos (C. P. 16,1) y de la paz.

IV.—EL PAISAJE TÍPICAMENTE TERESIANO

A).—El huerto y el prado; el agua y la luz

37.—Vengamos por fin a la estampa típicamente teresiana, paisaje idealizado que pudo captar la Santa sobre su valle del Adaja, o sobre cualquiera de los que vió en sus viajes.

El prado, la huerta, el huerto, la floresta; están en el centro de este paisaje. En ellos hay árboles de sombra y otros cargados de bien olientes frutos. Y flores, «muchas flores blancas», en los árboles y en el césped; algunas tan delicadas que «al primer airecico se pierden estas florecitas» (Vda. 25, 6); otras en capullo que es «un estar ya las flores en término que no las falta ya casi nada para brotar» (V. 25, 9); otras que «ya se abren, ya comienzan a dar olor» (Vda. 26,2) ¡Con qué cariño quiere la Santa que se cuiden estas flores y estos árboles plantados por la mano del Amado! «si no quitan esa oruga—grita precaviéndonos contra el negro punto de la honra—ya que a todo el árbol no dañe, pues algunas otras virtudes quedarán, más todas carcomidas» (Vda. 31,9).

Pero estas «vistas» admirablemente fértiles por obra de lo Alto crecen en una región árida, adusta, como las de nuestra España seca; y así es preciso regarlas ingeniándose de todos los modos posibles: arcaduces, norias, etc., puede ser que el cielo se encar-

que alguna vez de regárnoslo con la lluvia de lo Alto (Vide, «Vida» Capítulo XI).

38.—Junto a esta visión de tierra sedienta como un secarral manchego, surge una gran abundancia de aguas cristalinas, puras, como las que ella veía fluir abundosas en las montañas de Avila mientras abajo en el valle las plantaciones se morían de sed. Hay una verdadera fiesta de fuentes y fontecicas ya claras, ya de remanso, ya bullentes por entre las arenas; ya hechas por la mano del hombre, ya de manantial, ya «de arcaduces». Más seguramente la Santa prefería a todas, las «fontecicas que yo he visto manar, que nunca cesa de hacer movimiento el arena hacia arriba» (Vda. 30,13); ellas recordábanla «aquellas aguas vivas que dijo el Señor a la Samaritana que saltan hasta la vida eterna; y en ellas no tendría la Santa inconveniente en echarse a «beber de bruces»; aunque no cuando fuera a reñir las batallas del Señor. (Vide 2.^a, Md. 1,6).

¡Oh! y qué admirables efectos los de este místico agua! Sobre todo si es de la que viene del Cielo; que como es de la misma tierra que el fuego, no hará mal a la mística llama del Amor Divino: «¡Válgame Dios, válgame Dios y qué maravillas hay en este encenderse más el fuego con que el agua es fuego fuerte y poderoso!» (C. P. 19,3) ¿Por qué pues no correr presurosos a las fuentes de este agua Divina? «Solo verse cabe la fuente, aun sin beber, ya está el alma harta» (C. P. 31,3)¡

Se silueta a lo largo de los artículos 31 y 32 del «Camino de Perfección» un cuadro admirable de remanso en medio de un árido desierto calcinado por el sol. Podríamos darle un lema: «descanso cabe la fuente». A este remanso llega el alma fatigada, sedienta,—que no bastan a saciar la sed los «charquitos para niños» (C. P. 20, 2), las cosas terrenales que hay en el camino—, cegada por el polvo del viaje. Descansa cabe la fuente y al fin se engolfa en aquél agua viva, sin miedo de ahogarse; que por mucha abundancia de este agua no puede haber demasía, ni se la dan aquí «los gozos a sorbos» (Vid. 22, 3) sino a chorro. Pues como el alma apli-

ca su boca a este raudal de agua viva, más y más se inflama en ella el fuego del divino amor, y no quisiera el alma por nada de este mundo verse libre de su dulce cauterio. ¡Oh! que no quiere ver «mortecino» en ella este fuego del cielo (6.^a Md. VII, 8).

39.—Pero sin duda era para la Santa, lo más deleitoso de contemplar el consorcio admirable y simbólico de lo más puro de la tierra—el agua clara— con lo más puro del cielo—el rayo luminoso del sol eterno— ¡Consortio admirable de agua y luz, del alma y la iluminación que viene de lo Alto! (7.^a Md.; 2, 4).

La Santa no hacierta a separar estas dos cosas—el agua, la luz—; por eso con frecuencia los símiles fundados en una y otra se juntan y se entrecruzan y se completan (Vide, Md. 1.^a II, 1, 2). Y nos habla de los efectos de este consorcio: el agua cuando la da el sol aparece con muchas motas y «se ve un polvillo que halla por pequeño que sea» (Vd. 20, 20). Claro que este polvillo de «la muy clara agua» nada tiene que ver con los bajos fondos de la interpretación que da Freud, y recoge hoy nuestro Valbuena Prat, al simil del agua.

40.—Sobre este suelo en fiesta, la luz primaveral produce efectos de clarobscurito: la gradación de tonos va desde las medias luces que dejan casi en tinieblas las moradas inferiores del místico Castillo hasta la luz sobre toda luz de cámara interior del Esposo' donde el alma se precipita, como alucinada mariposilla, en el foco luminoso. Y es dulce morir en tal dulce fuego; donde la «mariposica» halla grandísima alegría de haber hallado reposo, porque vive en ella 'Cristo» (7.^a, Md. 3, 1).

La luz teresiana es la luz primaveral que vivifica y calienta sin agostar ni importunar; antes su vista es la más hermosa y el mayor deleite que podría «una persona imaginar aunque viviese mil años y trabajase en pensarlo» (Md. 6.^a, 9, 5). Mas es su presencia, con ser tan hermosa y bienhechora y suave, «de tan grandísima majestad» que «no se puede estar mirando más que estar mirando al sol» (Ibid), Es en fin, una luz tan distinta de la de acá que aquella parece luz natural; estotra, luz artificial: «es como ver un agua

muy clara que corre sobre cristal y reverbera en ella el sol, a una muy turbia y con gran nublado y corre por encima de la tierra» (Vida 28, 5).

La Santa no desaprovecha en sus símiles ninguno de los varios efectos de la luz: sus juegos en las aguas; o en el cristal; o en los espejos, ya tersos, ya empañados, ya quebrados; o en las joyas y diamantes, o en los lugares inmundos que ella purifica, etc., son otros tantos motivos para fundar una comparación con realidades del mundo sobrenatural. ¡Con qué sublimidad y gracia nos explica por el fenómeno de la evaporación, la sublime realidad de los arrobamientos! «Viene un ímpetu tan acelerado y fuerte —nos dice— que veis u sentis levantarse esta nube u este águila caudal, y cogeros con sus alas» (Vida 20, 3).

41.—La enamorada de la luz y del sol, solo nos habla mal de ellos cuando se siente agobiada por los calores andaluces, cuando habla no del sol simbólico e ideal, sino del sol real, que no ha sido despojado por nuestra facultad idealizadora de esa rudeza con que las cosas al hallarse presente arañan nuestros ojos y nuestro ser. Ella amaba de las cosas su espíritu y no su materia; las amaba como a esencias e ideas que viven en el recuerdo, más que como a existencias que lastiman al contemplador con la dureza de sus formas: «Habéis de mirar que no es el sol como el de Castilla por allá, sino muy más importuno» (Fundaciones 24, 8); nos dice hablando del sol real que abrasa y mortifica. Pero ello no impedirá que la luz y el sol sean siempre para Santa Teresa, símbolos de realidades celestiales y divinas. La luz y el sol son siempre dones del Cielo, en el infierno lo que abrasa no es el fuego luminoso del sol, sino «un fuego de piedra azufre que no ahuyenta las tinieblas». Aun cuando el diablo se finge ángel de luz, su luz no es cauterio suave como la que viene de lo alto; sino como esas lengüecillas de fuego que aparecen sobre los barcos y no calientan y turban.

Pasemos por alto otros minúsculos detalles descriptivos del paisaje teresiano: «la balsa de agua que había en el huerto» (Fundaciones 16, 3) «la yerba del prado y verdura»; el pozo en medio

del huerto que nos recuerda el simbólico de los claustros conventuales; «la yedra de Jonás roída por los gusanos» (Moradas 5.^a, III, 6); la noria y los arcaduces.

B).—La nota de vida: los animales y el elemento humano en el paisaje típicamente teresiano

42.—Este paisaje tiene también sus animales típicos.

El decano de todos ellos es el «asnillo» símbolo del alma misma, al cual nos lo presenta la Santa ya cuando «pace», que se sustenta porque le dan de comer, y come casi sin sentirlo (Vida 30, 12); ya dando vueltas a la noria para sacar un poco de agua muy trabajosamente (Vide, Vida Capítulo 12 y con «paso de gallina» (Vida 13, 4).

Pues ¿a quién no pondrá en cuidado ver a la mariposilla importuna de la memoria que aquí se le queman las alas y no puede más bullir? (Vida 18, 8). Pero así se aquietará la «loca de la casa» que no para en nada; sino que «de uno en otro no parece sino de estas maripositas de las noches, importunas y desasosegadas, así anda de un cabo para otro» (Vida 17, 5). También el «pensamiento» hacíale a la Santa recia cosa en «estar tan tortolico a las veces» (4.^a Moradas I, 8).

La hormiguica es el obrero laborioso y paciente que no merece ningún reproche (Vida 31, 9); ni los merece la abeja, símbolo de la humildad, «labrando siempre en la colmena la miel; y no deja de salir a volar para traer flores» (1.^a Moradas II, 8)

Las palomas turban la quietud del aire con sus vuelos, pero hay que dejarlas; «que no se contentan con el cebo que los da el dueño del palomar sin trabajarlo ellas, y van a buscar de comer por otras partes» (Vida 14, 2). Verdad es que el Señor, compadecido a veces de su fatiga, viene «a tomar estas avecicas y ponerlas en el nido para que descansen» (Vida 18, 5).

De vez en cuando se oyen los trinos de un pajarillo o se le ve cruzar el aire llavando en el pico, «cositas menudas como sal que no tienen peso ni tomo». (Vida 39, 9). Alguna vez llama nuestra

intención «un ave revolando, que no sabe donde parar» (Moradas, 6.^a VII, 15), que como ha entrevisto el Cielo, todo lo que ve en la tierra le descontenta (5.^a Moradas. II, 8).

La cierva herida en tanto, por el otero asoma y corre a la clara fuente de las aguas vivas donde hallará agua en abundancia. (7.^a Moradas, III, 13).

Ni es lícito olvidar las «anaditas» de sus cartas (Carta 92), como signos interrogantes de un estampa modernista.

Mas junto a estos benéficos animalillos de los diminutivos fraternales, no faltan otras bestias despreciables que, como la oruga carcome los árboles de las virtudes y hacen que éstos den fruta no nada sana (Vida 31,9); o como los gusanos roen la yedra de Jonás (5.^a Moradas, III, 9). Los sapos, culebras, sabandijas, aquí no tienen entrada; que como son nacidos en obscuridad huyen este paisaje alumbrado a raudales por el Sol eterno y perfumado con los aromas de todas las virtudes; ni puede haber «telarañas, donde entra mucho el sol» (Vida 19,1). Pero ponen una nota de exotismo en este paisaje, «los pájaros que enseñan a hablar» con los cuales humildemente se compara la Santa por su insipiencia (Moradas, introducción).

43.—No falta en el paisaje teresiano la nota humana; antes todo él se explica con vistas al hombre. La casa, en la Santa que fundó diez y siete conventos, no tiene un sentido decorativo, sino útil; es la morada del hombre, cuyo encuadramiento más o menos típico y estéticamente adecuado en el paisaje, es de importancia secundaria. Ante todo importa tener donde meterse; si se podía encontrar casa «con huerta y vistas y agua como la de Burgos, no había más que desear y bien había que agradecerse a Nuestro Señor, por traerlas a tal deleite (Fundaciones 31,39).

Fuera de nuestro tema, queda el estudio de las figuras humanas que desfilan por el paisaje teresiano; pues todas ellas están caracterizadas por rasgos morales e interiores y no por exterioridades pintorescas o pictóricas.

En una cumbre dominando todo el paisaje, está el Místico Cas-

tillo de las siete moradas «todo de un diamante o muy claro cristal» (Moradas 1.^a I) y su alcaide subido a la más alta torre, levanta la bandera por Dios (Vida 20,16), por el Dios generoso que no mira en pequeñeces, por el gran «Dios de las Caballerías» (Moradas 6.^a, 6, 3). Y no podemos dejar de notar, en lo más secreto de la fortaleza, la bodega misteriosa del «adobado vino», «del mosto de granadas» (Vide, Moradas 7.^a, 4, XI) que deliciosamente transporta y embebece.

Contra lo que alguien ha afirmado, el paisaje teresiano no cabe —ya está claro— en el reducido recinto de un huerto familiar; pero es cierto que está tratado con la misma minuciosa atención con que trata el hortelano su reducida huerta, poniendo en cada planta y en cada detalle una caricia.

(Continuará)